

*aquello que se dice de malo à propósito (Exod. 2-31). Yo no podía sufrir á aquel que murmuraba en secreto de su prójimo (Psal. 10-55). Mi lengua jamás hablará de las acciones de los hombres (Psal. 16-3). No creamos con facilidad aquello que se nos cuenta de otros; excusemos también á aquellos que nos lo cuentan y seamos, como dice el mismo Profeta que era él, semejantes á un sordo y á un mudo. (Psal. 37-14).*

« No nos regocijemos jamás en la desgracia de nuestro prójimo, aun cuando fuera más malo. No odiamos á nadie, ni aun á nuestros enemigos; pues Jesucristo nos recomienda que amemos no solamente á los que nos aman, pues los publicanos y los pecadores ya lo hacen, sino también á los que nos aborrecen.

Nosotras tenemos necesidad de esta recomendación; pues lo bueno y lo honesto lo amamos, porque nos atrae por sí mismo; pero en cuanto á lo malo, ha sido necesaria la instrucción de un Dios para suavizar nuestro corazón, y esto no se consigue sin trabajo. Así el reyno del cielo no es para los relajados, sino para aquellos que se hacen violencia (Matth. 11-12). »

La Santa habla enseguida de la limosna hecha en espíritu por las personas que, habiendo abrazado la pobreza voluntaria, por haberse despojado de todo, sólo la pueden hacer con la compasión para con los pobres y rogando por ellos: « A la manera que los vicios, dice, tienen cierto enlace y afinidad entre ellos, las virtudes también están vinculadas entre sí. La envidia, el dolo, el perjurio, el resentimiento, son las funestas producciones de la avaricia. Y al contrario, la mansedumbre, la conformidad de espíritu, la paciencia y la pobreza voluntaria, que es una obra perfecta, son las hijas de la caridad. Pero puede que vosotras me digáis: Cómo podemos nosotras hacer limosna después de haber sido depojadas de todos nuestros

bienes, cuando la limosna supone que uno al menos se ha reservado una parte de ellos? Yo respondo que la limosna no nos es tan recomendada por el amor de los pobres como por el amor de la caridad. Luego pues que renunciando á todo no nos reste nada para dar, habiendo llegado á esta caridad á la cual la limosna nos dispone, no se nos exige que hagamos más.

« Yo no pretendo disminuir el mérito de la limosna, sino exponeros la excelencia de la pobreza voluntaria. Vosotras habéis hecho bien al despojaros en favor de los pobres; es necesario aspirar más arriba y elevaros á la caridad perfecta. Dios ha puesto en el mundo dos clases de gentes de bien; á unos les ha permitido casarse para perpetuar las familias, y á los otros los ha llamado á una vida angélica inspirándoles el amor de la castidad. A aquellos les ha dado la ley, y á nosotras nos ha mostrado por su gracia en su ejemplo los divinos consejos que debemos seguir.

« Su cruz es nuestro estandarte, por la cual reportamos la gloria del triunfo sobre nuestros enemigos. En efecto, nuestra profesión no es otra cosa que un renunciamiento á esta vida y una meditación continua de la muerte. Y como los muertos ya no obran según el cuerpo, tampoco nosotras debemos obrar; sino obremos según el espíritu; mostremos por la práctica de las virtudes que no vivimos más que según el espíritu; hagamos la limosna en espíritu por nuestra compasión para con los pobres; y ya que está escrito que aquel que concibe un mal deseo se hace culpable en su conciencia, Dios igualmente recibirá propicio la buena voluntad que tenemos de auxiliar á los pobres con la limosna, por más que al despojarnos de todo, nos hayamos puesto en la impotencia de hacerla.

« Esto que os acabo de decir os debe hacer comprender que sería peligroso querer instruir á los otros sobre el estado de perfección, si uno mismo aun estuviera engolfado

en la disipación de las cosas exteriores ; pues ¿ qué conocimiento podía dar de ella ? Representaos un hombre que quisiera recibir en su casa próxima á derrumbarse á aquellos que van á verle ; ¿ no los sepultaría bajo sus ruinas ? Tales son aquellos que se encargan de la dirección de los otros sin estar establecidos en una sólida virtud ; son más propios para dañarles por su mal que para hacerles bien con sus exhortaciones. Semejantes á esas tablas cuyos colores, aunque vivos, son no obstante tan débiles que desaparecen en poco tiempo : Así sus discursos de piedad no son más que impresiones que su ejemplo borra pronto ; pero las palabras de aquellos que practican ellos mismos aquello que enseñan, no se desvanecen fácilmente, siendo el buen ejemplo una viva lección que se grava profundamente en los corazones.

« No nos contentemos con tener un cuidado superficial de nuestra alma ; lleguemos hasta la raíz de sus menores defectos, y adornémosla de las virtudes. Hemos cortado nuestros cabellos ; limpiemos, pues, nuestra cabeza de esos peligrosos piojos que restan en ella. Entre las gentes del mundo ciertos defectos no aparentan mucho ; en cierto modo están ocultos bajo los más considerables, como los piojos lo están entre los cabellos que no han sido cortados. Pero en una virgen, en un solitario cuyos cabellos son cortados, se descubre hasta el menor insecto, si en realidad hay alguno : El más pequeño defecto aparece. Purifiquemos sin cesar nuestra alma, y perfumémosla con el ayuno y la oración. »

En Egipto desde los tiempos más antiguos había el gran teatro de toda suerte de supersticiones. En tiempos de la Santa aun quedaba allí algunas impresiones. Las hijas curiosas creían en los horóscopos, y el demonio se servía de ello para engañar á muchos. Después de esto que acabamos de referir, ella previene á sus hijas contra esta ilusión y se

la presenta como un lazo el más peligroso del espíritu de las tinieblas y de la mentira. Lo que dice puede servir tanto contra la impiedad y la irreligión, como para disuadir á los espíritus débiles de su credulidad en estas falsas supersticiones. Se puede ver en el historiador de su vida ; nos prolongaríamos demasiado relatándolo aquí. Concluiremos este artículo reduciendo, para abreviar, lo que resta del discurso de la Santa á las máximas siguientes.

1º Seamos fieles en guardar las reglas que se nos han prescrito, y hagamos como los comerciantes que todos los días cuentan sus lucros y sus pérdidas, quienes se regocijan de la ganancia que han hecho y se afligen por aquello que han perdido. Nos conviene más que á ellos el velar sobre nuestro negocio espiritual, pues este es para adquirir los verdaderos tesoros que nosotras buscamos. Pero así como los comerciantes no desfallecen por algunas pérdidas que tengan, por más que por otra parte las sienten, así nosotras no nos debemos entregar al abatimiento por nuestras faltas ni abandonar el cuidado de nuestra alma, como sino pudiéramos salir victoriosas.

2º Quanto podamos adquirir en este mundo considerémoslo como nada en comparación de las riquezas del cielo. Nosotras estamos en esta vida en cuanto á la eternidad bienaventurada, como están los infantes en el seno de su madre. Antes de nacer estábamos encerradas en el seno de nuestras madres como en una cárcel tenebrosa ; nuestra nutrición era bien diferente de la de hoy ; allí nada podíamos hacer de lo que hacemos ahora. De la misma manera que en aquel estado no gozábamos de la claridad del día ni de las ventajas de la vida presente, en esta miserable vida estamos igualmente privadas de las ventajas del reino de los cielos. Así hemos probado los alimentos de la tierra suspirando después por los del cielo. Hemos sido alumbradas por ese sol material ; deseamos el sol de justicia. Miremos

la celestial Jerusalém como nuestra madre y nuestra patria. Llamemos á Dios nuestro padre. Vivamos de tal manera sobre la tierra que merezcamos vivir eternamente.

3° Se puede decir de nosotras que nacemos tres veces. La primera, cuando salimos del seno de nuestra madre. La segunda, cuando pasamos de la tierra al cielo. La tercera cuando nos aplicamos á los trabajos de la penitencia y á la práctica de las buenas obras, y este es nuestro estado presente. A la manera que los infantes crecen en el seno de su madre y que después de haber sido nutridos allí pasan por el nacimiento de aquella estrecha prisión al gran teatro de este mundo, y que al contrario aquellos que mueren antes de presentarse al día, pasan de las tinieblas á las tinieblas; del mismo modo los justos saliendo de este mundo pasan de esta vida al gran día de la eternidad dichosa, y los pecadores por el contrario pasan de las tinieblas del pecado á las tinieblas del infierno.

4° Estando consagradas al Esposo celestial, tengamos un cuidado todo particular de embellecer nuestra alma.

Instruyámonos por la conducta de las hijas del mundo, quienes nada olvidan en las bodas temporales para hacerse agradables á sus esposos. Y ¿cuánto más obligadas á ello estamos nosotras teniendo por esposo el rey del cielo? Ellas se cubren de ricos hábitos de la tierra; ellas se adornan con flores. Revistámonos nosotras de un hábito sagrado, y adornémonos con las flores de las virtudes. En lugar de piedras preciosas, coronémonos con la triple diadema de la fe, de la esperanza y de la caridad. Que la humildad nos sirva de collar de perlas, la templanza de cingulo, la pobreza voluntaria de rico velo, y la oración y el canto de los salmos de comida deliciosa. El compromiso que hemos contraído con nuestro divino Esposo, se cumple cuidándonos poco de nuestro cuerpo y fijando nuestra principal atención sobre nuestra alma.

5° Cuando uno saca agua por medio de una grua, no se suben al mismo tiempo los dos calderos llenos de agua; sino que á medida que se hace subir el lleno se hace bajar el vacío. Más ó menos sucede lo mismo con nosotras. Una virgen que trabaja con fidelidad en cumplir sus sagradas obligaciones, llena su alma de virtudes y por esto se eleva á Dios, y al mismo tiempo hace descender el cuerpo por la mortificación y la disciplina religiosa.

6° Vosotras que vivís en el monasterio, no penséis en cambiar el domicilio; no lo podríais hacer sin sufrir un gran daño. Si el pájaro abandona sus huevos, no podrán nacer los pequeños; de la misma manera una virgen ó un monje que pasan de un lugar á otro, pierden su fervor, se relajan y mueren al fin.

7° La voluptuosidad afecta al cuerpo y la concupiscencia está en el espíritu; reprimid esta y pronto se amortiguará aquella. Pero si vosotras escucháis la liviandad, la voluptuosidad os dominara; y os encontraréis metidas como en un círculo, del cual apenas podréis salir.

8° No todos los estados son propios para todos; cada uno debe consultar su vocación. Los unos son llamados á la vida cenobítica de los monasterios; los otros á vivir solos: De la misma manera que hay plantas que viven mejor en una tierra húmeda y otras en un terreno seco. Muchos se salvan en medio de las ciudades, teniendo por sus deseos el espíritu en el desierto; y otros se pierden en el desierto, porque allí tienen las afecciones de aquellos que habitan en las ciudades. Así sucede que uno puede ser solitario en su alma en medio del mundo, y que otro tiene el espíritu lleno del tumulto del mundo aunque esté solo en el desierto.

9° No os dejéis abatir por la relajación y la tibieza cuando estéis enferma. Sufrid vuestro mal en un espíritu de penitencia y para la expiación de vuestros pecados; pensad entonces que habéis merecido ser juzgada y casti-

gada con más rigor en los suplicios eternos. Regocijaos de que Dios se digne visitaros con la enfermedad. Decid con el Profeta : *El Señor me ha corregido con sus castigos, pero no me ha abandonado á la muerte del pecado.*

10° Si vuestras enfermedades no os permiten orar derecha, ó cantar los salmos, no os aflijáis por ello ; pues las mortificaciones corporales, como ayunar, acostarse en el suelo y otros ejercicios, están establecidas para reprimir las rebeliones de la carne ; pero cuando en su lugar viene la enfermedad, la impotencia en que os, pone para emplear estos otros medios, no os debe turbar. La práctica, pues, que se debe seguir en la enfermedad, es sufrirla con paciencia, y rendir por ella gracias al Señor. Si perdéis la vista no os entristezcáis por ello, pues es el órgano de la curiosidad ; porque os quedan los ojos del alma con los cuales podéis contemplar á Dios. Si perdéis el oído, dad también por ello gracias á Dios ; pues este no es más que un instrumento material que muchas veces sirve para las cosas vanas. Si estáis impedida de las manos ¿ por ventura no tenéis las manos interiores del alma con las cuales combatís al enemigo de la salud ? En fin, si todo el cuerpo está abatido por el mal, haced de manera que crezca y se fortifique en vos la santidad del hombre interior.

11° Vosotras que vivís en un monasterio, preferid la obediencia á las austeridades del cuerpo ; pues estas os pueden inspirar presunción, y la obediencia conduce á la humildad. No es siempre el espíritu bueno quien conduce á las maceraciones corporales ; este también puede ser el demonio, pues los que son de él practican algunas veces estas penitencias. Pero, me diréis vosotras, ¿ cómo discernir las que son inspiradas por Dios ? La discreción es la señal para ello. Vosotras ayunáis, haced que vuestro ayuno sea uniforme y discreto ; no lo prolonguéis hasta el extremo

de no comer de tres á cuatro días, por temor que el demonio se sirva de ello para engañaros. Jesucristo ha dicho que debemos ser como los cajeros hábiles en discernir la buena moneda de la falsa. Con esto ha querido darnos á entender que conviene discernir los espíritus. Algunas veces la moneda sólo es falsa por no estar acuñada según el gusto del príncipe, bien que por otra parte la materia es buena. El ayuno, la continencia, la limosna, son como monedas ; pero los paganos que las practican las hacen según la cuña de sus tiranos, y los herejes se someten á ello por ostentación.

12° Conduzcámonos con prudencia en el cuidado de nuestra alma ; y nosotras que vivimos en un monasterio, no rebusquemos, ni nos adheramos á nuestra propia voluntad : sino animadas de un espíritu de fé, seamos sumisas á nuestra común madre y obedezcámosle humildemente. Nosotras dejando el mundo nos hemos condenado voluntariamente al destierro de él ; no lo busquemos, pues, más. En el mundo seguíamos la vanidad, y en el monasterio hemos abrazado el abatimiento y la humillación. En el mundo buscábamos los placeres de la buena mesa, y en el monasterio debemos sufrir con paciencia el hambre y la abstinencia. En el mundo se mete en una carcel á los criminales, y en el monasterio nosotras nos encerramos voluntariamente para expiar nuestras faltas y evitar con esto las penas de la vida futura.

Nosotras hemos empezado el bien ; no lo abandonemos por más obstáculos que el demonio nos oponga. Seamos como los marineros, quienes, habiendo salido del puerto con un viento favorable, si la tempestad se levanta, trabajan sin cesar y sin arredrarse por el peligro, bien lejos de dejarse arrastrar á merced de los vientos, continuando así su ruta lo mejor que pueden. Así cuando el demonio sopla el viento de la tentación, no perdamos el valor, sigamos

nuestra ruta desplegando nuestra grande vela que es el estandarte de la cruz.

El historiador de la vida de la Santa concluye diciendo que esta virgen adornada de todas las virtudes, instruía más á sus hijas con sus acciones que con sus palabras.

---

LAS VENERABLES MADRES SARA Y TEODORA Y  
LAS VIRGENES PIAMIA Y ALEJANDRA <sup>1</sup>.

Había en el territorio de Alejandría una virgen llamada Sara, la cual estaba en gran reputación de santidad. Los antiguos que recogieron las *Sentencias de los Padres de los desiertos*, nos conservaron también algunas de las suyas, igualándola así á estos grandes hombres. En efecto, ella no les cedía en mortificación y en valor para el combate espiritual contra los enemigos de la salud. Ella moró sesenta años en una celda que estaba sobre la orilla del Nilo, y durante todo este tiempo jamás dirigió sus ojos sobre aquel río. El demonio envidioso de su virtud, no cesó durante trece años de atacarla con tentaciones violentas. No solamente las resistió siempre, sino que conservándose con una humilde paciencia en un ejercicio tan penoso y largo, no pidió á Dios el fin de ellas, sino solamente que le concediera por su gracia las fuerzas necesarias para vencerlas. Algunas veces este enemigo de las almas le representaba las vanidades del siglo, y trataba de arrancar de su corazón algún sentimiento de complacencia para estas cosas frívolas; pero bien lejos de escucharle, ella le oponía el temor de Dios de

<sup>1</sup> *Vitæ Patrum*, Paladio Ios Bolandistas, Cotelier.

que su alma estaba penetrada, y redoblaba sus austeridades.

Un día que la tentación era más fuerte que de ordinario, subió á lo más alto de su celda, desde donde pudiese contemplar más facilmente el cielo, y allí se puso á orar. Entonces el demonio se le presentó delante bajo una figura humana diciéndole: *Tú me has vencido Sara*; pero ella lo confundió respondiéndole: *No soy yo el que te ha vencido, es Jesucristo*.

Dos anacoretas de reputación pasaron del desierto de Pelusia para visitarla, y en el camino se dijeron el uno al otro: Conviene tentar un poco la humildad de esa buena vieja. Le dijeron, pues, al verla: « Cuidado con tener sentimientos de vanidad, diciendo dentro de vos misma: Los solitarios vienen á verme, á mí que no soy más que una muger. » Ella les respondió: « Es verdad que no soy más que una muger; pero yo trato de conservar en mi sexo un espíritu varonil y valeroso. »

Ella no hablaba así por ostentación; sino solamente para hacer ver que la debilidad de su sexo no debía servir de pretexto para combatir con flojedad en la milicia espiritual; y que una solitaria no debía ceder á los hombres la gloria de practicar las virtudes religiosas con un santo ardor. Por otra parte era tan humilde, que cuando el demonio le sugería algún pensamiento de la estimación de las criaturas, al momento se confundía con la humillación del corazón. Ella no quería tener parte alguna con ellas, ni aun con pretesto de edificarlas con su virtud; y si esta idea le venía á la imaginación, ella se representaba como estando en todas las puertas de las casas, humillándose y haciendo penitencia de sus faltas. Así pedía á Dios, no que ólguen fuese edificado en ella, sino que la olvidasen y ella olvidase á todo el mundo, á fin de conservar su corazón en una entera pobreza.